



**DESDE EL MIRADOR  
DE AMERICA**



CARLOS H. ENDARA  
(DILETTANTE)

# Desde el Mirador de América

**L**a Dictadura  
y la  
Patria Nueva

QUITO,  
ECUADOR,  
S. A.

---

QUITO — Talleres Gráficos Nacionales — 1936

# La Dictadura y la Patria Nueva





## I

Desde el día que se proclamó la Dictadura, ha sido un anhelo vehemente de mi espíritu clarificar algunos conceptos y exponer ciertas ideas sobre la situación actual del Ecuador. El pasado nos ha herido tan hondo y las convulsiones nacionales se han sucedido con tan pertinaz violencia, que una terrible sensación de ahogo y de abominable amargura, nos tenía sumidos en la horrenda tiniebla de una desesperanza, que no encuentra su camino de redención por parte alguna. Una caravana de Gobiernos vacilantes, la orgía de Congresos insinceros y antipatriotas, el antagonismo de partidos políticos sin programas técnicos, el perenne descon-

cierto social de todo un pueblo que se corrompe con el tóxico de doctrinas falaces o permanece inerte porque tiene la certidumbre de la inutilidad de todo esfuerzo y la convicción del fracaso en toda acción, estaban llevando el Ecuador hacia una muerte cierta. La superstición antigua del derecho divino de los reyes, que pulverizó la Revolución francesa, se trocó luego en la superstición moderna del derecho divino de los parlamentos y en el ícono negro de constituciones mendaces, que únicamente sirvieron para dar el triste espectáculo de una sucesión de hombres en el Poder, los menos preparados, pero los más atrevidos, los menos patriotas, pero los más audaces...

Las masas, cruelmente desencantadas, cansadas infinitamente de vanas promesas, de leyes y programas irrealizables, lo que ahora reclaman y exigen son realidades efectivas y positivas y prefieren a la política maquiavélica de los gobernantes acomodaticios, la hegemonía de los Gobiernos fuertes, que saben de donde vienen y a donde van... De ahí la quiebra de la Democracia en el mundo, porque sólo ha servido para crear una aristocracia de políticos, henchidos de ambición y colmados de codicia. Los grandes intereses colectivos, las más bellas esperanzas en que cifraron los pueblos su redención y su felicidad, el magnífico cas-

tallo de las ilusiones unánimes, se quemó y desapareció en medio de los trazgos fugitivos de los ejercicios democráticos y de las pirotecnias constitucionalistas. Las naciones aspiran al imperio de la fuerza, que lleva un ideal por delante y al cual sostiene una fe inextinguible en el futuro. Y así lo entienden muchos países de aquende y allende el mar, que han visto desgarrarse por fin la luz del mañana y sueñan en marchar hacia un amplio camino de perfeccionamiento, cuando se decidieron por dejar abandonadas en el sendero las viejas piedras falsas de anacrónicas doctrinas para seguir rectamente hacia la conquista de la auténtica Tierra Prometida...

El Ecuador había caído en la vorágine de una vida política absurda, que cada día clavaba más hondo el cuerpo exangüe de la Patria en la cruz del desastre y la abominación. De fracaso en fracaso, de tortura en tortura, de rebelión en rebelión, la rueda dentada de las ambiciones en marcha, el tornillo sin fin de las luchas partidaristas, no dejaban tiempo ni reposo al país para que pueda afrontar sus problemas fundamentales y mucho menos trocar en carne viva el aéreo revolar de las ideas. Para el Ecuador no había salvación. Cada año se sucedían las campañas parlamentarias contra el Presidente de la República, cada año tam-

bién sobrevenían los interinazgos ineficaces y se perfilaba el espectáculo del desbarajuste social más profundo, lleno de una bufonería trágica, con que el Ecuador brindaba a todo el Continente. La situación era de una fatalidad inequívoca y se presentían horas de un horror sempiterno. Nos hallábamos bajo el control de un breve interinazgo, las camadas políticas —no podemos llamar partidos a grupos personalistas— se preparaban a una lucha sin cuartel para realizar, a través de elecciones subrepticias y antipopulares, el definitivo asalto al Capitolio. De triunfar los conservadores, el horizonte se preñaba de amenazas y en los campos de las represalias rojas, aparecían ya escuadrones de lucha conduciendo surtidores de sangre... De triunfar una de las facciones liberales, la paz se quebrantaba íntegramente y el país, en un eterno desasociado, sin calma en el alma, sin tranquilidad para el trabajo, sin el ánimo fecundo para enfrentarse con las duras advertencias de la vida, marchaba sin remedio hacia la ruina, la miseria, la desolación y la muerte...

Pero un instante de luz, en medio de la tormenta horrrisona, surgió en el Ejército. No por defender una Constitución, que todos los días se la despedazaba, era posible consentir que la Patria se cubra cada vez de una más horrible vergüenza, ni

que la pugna de los antagonismos partidaristas alejen al Ecuador del concierto de los pueblos civilizados y cultos. Durante muchos años, veníamos presentándonos en la escena de Indo-América como el ejemplo más vivo de barbarie y estulticia. Las normas constitucionalistas, de alto miraje y de extrema avanzada, sólo servían para demostrar la desarmonía, el desacuerdo o la disconformidad existentes entre el espíritu de la Nación y la rigidez inaplicable de una Constitución de copia, de leyes de trasplante, de reformas que todavía la Nación no estaba para recibir ni aprovechar. Nuestra Constitución libérrima —y por precipitada, errónea— nos arroba, a lo largo del incongruente voto femenino, en manos de los Gobiernos de la más feroz reacción, nos encadenaba sencillamente al Gobierno del clericalismo que durante setenta años hundió a este país en la mazmorra oscurantista y dominó a los ciudadanos con el látigo y la cruz, que siempre sirvió para encubrir y amparar las más horrendas tragedias y los más tenebrosos crímenes humanos. Y por otro lado, el nacimiento tembloroso de ciertos partidos importados, incompatibles con nuestra realidad nacional, el histrionismo de teorías artificiales, en abierta oposición con nuestra geografía y nuestro pasado, tornaban más grave la angustia de la Patria y requerían la adopción de soluciones inmediatas

y eficaces. Fue entonces cuando el Ejército, con una clara visión del porvenir y una deslumbrante conciencia de sus responsabilidades magnas, se resolvió a proclamar la Dictadura que nos rige. Oswald Spengler ha dicho: "El porvenir no es de los partidos: es de los ejércitos". Y es la verdad. Porque sólo los ejércitos podrán dar vigor y estabilidad a los Gobiernos para que puedan realizar las grandes obras que harán de los pueblos viejos y corrompidos, naciones resplandecientes de magnificencia. En la Roma de los antiguos Cónsules, cuando la República estaba amenazada en su integridad y en la paz, estos dos magistrados, con idénticos derechos recíprocos para gobernar y mantener el equilibrio de la autoridad y de la libertad, tenían, no obstante, la atribución de conceder por un término perentorio el mando absoluto a un solo hombre: era el Dictador. Este alto y formidable dignatario se constituía de rondón en el árbitro omnímodo del mundo. Decretaba la guerra y la paz, el exilio a los enemigos del pueblo, la muerte para los traidores a la Patria. Legislabo y administraba al mismo tiempo. Roma había comprendido que sólo los Gobiernos todopoderosos podían levantar a la Patria de las agonías del momento y elevarla constantemente hacia la eterna grandeza. Porque Dictadura no significa tiranía ni se traduce por despotismo. Dictadores fue-

ron Camilo y Cincinato, que luego de llevar las armas refulgentes de la República por campos de victoria, regresaban más tarde tranquilamente a cultivar con su brazo de guerreros el arado con que hacían florecer sus yugadas de tierra. Y es que no se puede concebir que las naciones fijen sus dominios en campos ilimitados de sol, ni eleven su señorío, ni fundan la estatua de su propia perfección, si no es a través de los Gobiernos ilustres, que llevan la fuerza en la mano y el ideal en la mente: el ideal, que es la fe en la virtud de la acción presente y el evangelio de la redención en el futuro.

Bolívar, sin la sagrada investidura de la dictadura, no habría podido jamás llevar al terreno de las bellas realidades, las deslumbrantes concepciones de su genio. En América, han abundado los tiranos y desde Méjico hasta la Argentina, el bello suelo de este Continente sufrió los desgarrones sangrientos de los caudillos bárbaros. Pero los Rozas y los Melgarejos, los Francias y los García Morenos, no fueron dictadores, es decir, hombres representativos del ideal de un pueblo y de la conciencia de una época. Su obra fue grotesca y sanguinaria, porque únicamente aspiraban a perpetuarse en el Poder para no morir en la asfixia de las ambiciones fracasadas. Señores de horca y cu-

chillo, los déspotas de América hundieron a los pueblos en el caos del fanatismo y la ignorancia y todo reflejo de luz, todo destello de cielo y de azul, lo apagaron en huracanes de tinieblas y crepúsculos de sangre. Amos indiscutibles, tan sólo perseguían en su obsesión abrasadora, la manera de incrustarse a perpetuidad en el Mando, con los ojos cerrados a toda realidad, con los oídos corchados a todo clamor, con la mano pronta a castigar toda protesta...

La antorcha fúlgida, que es una dictadura, no puede confundirse jamás con la sombra en expansión que determinan los despotismos. La tiranía es crueldad y retroceso, el imperio de las camadas políticas, las corrupciones de cuartel, el envenenamiento social, la pústula virulenta, que transforma el cuerpo de la República en un despojo informe de pus y huesos triturados. Los caudillos semisalvajes de nuestra América, que han hecho de las revoluciones un derecho sacrosanto para las usurpaciones veleidosas del Poder, nunca se ocuparon ni preocuparon de su responsabilidad histórica... y muy pocos acaso soñaron en engrandecer su destino y glorificar su nombre, trabajando por la grandeza de los pueblos que rindieron a la servidumbre y a la esclavitud. Antes que el fuego divino del patriotismo animara sus espíritus, cayó

sobre sus corazones la loza de la ambición personal, que mató toda idea constructiva y generosa de un engrandecimiento total. Su meta fue el Poder o el retorno al Poder, a lo largo de dinastías pútridas, en que los hombres se movían y jubagan como en un tablero de ajedrez. La Patria fue tan sólo el instrumento exquisito, el medio maravilloso de saciar la sed y el hambre de feroces concupiscencias y mantener enhiesta eternamente la libidine de un poder sin límites...

Y la América de los Montezumas y los Atahualpas, reyes de insigne estirpe, auténticos padres de sus pueblos, vió que los imperios se convertían en los feudos de los "Barrabás con charreteras", que decía Darío, y en las "patrias bobas" de los políticos audaces, que se creyeron dueños del Continente y lo desgarraron a zarpazos. En el curso de múltiples años, todas las naciones de América han pasado de la esclavitud colonial a la servidumbre nefasta de los déspotas. Pero es necesario reconocer que, cuando los pueblos levantaron al aire sus banderas de rebelión, fue para caer en la desorganización y la desventura, en el desequilibrio y la catalepsia. Pueblos jóvenes, han carecido de mentes creadoras y corazones directivos. Las Repúblicas, sin una visión clara del futuro, sin hallar el abierto sendero por donde debían caminar, ignorantes

de su propio destino, desconocedoras de su Historia y de sus glorias, se entregaron a querellas insensatas y a luchas de locura, de las cuales siempre salieron las Patrias ensangrentadas. Y así, cuando no han permanecido inertes dentro de una parálisis similar a la muerte, los pueblos han pasado del infortunio a la catástrofe!...

Tal ha sido, en efecto, la suerte del Ecuador. Dentro del impulso hacia arriba de sus hermanas de América, el Ecuador ha permanecido estacionado, yacente en su actitud suicida. Y si despertó fue para trasladarse de una molición triste al dinamismo de una demencia funesta. Pero ya no podíamos soportar más el concatenamiento de sucesos vertiginosos, que de seguir su marcha inminada, ahondaba hasta lo infinito la tumba de la República. Y a la República, como en el magno poema de Homero, se la podía comparar con Penélope, la esposa insomne, que asediada por mil pretendientes, envía a su hijo Telémaco a marchar por los mares remotos en busca de su redentor Ulises. El Ejército —nuevo Telémaco— lo comprendió de esta manera y rompiendo una Constitución que implicaba la permanencia de un constante trastorno, se resolvió a erigir un gobierno viril, una dictadura serena y reformista, amplia y humanitaria, que llevara en su seno bellos desig-

nios y la visión de panoramas magníficos. Nos hemos adelantado, tal vez, al ideal proteico de las otras naciones del Continente, que sueñan ya con crear dictaduras autóctonas para entrar por el camino de una perfección sin límites. El individualismo y la libertad extremada, productos románticos de un liberalismo filosófico y soñador, han fracasado totalmente; pero han servido, en cambio, para revelar la inutilidad de las prácticas democráticas en países en que los códigos constitucionales son completamente ficticios, concreciones ideológicas muertas, sin resonancia ni ritmo dentro de la estructura biológica de las nacionalidades. Los regímenes políticos que ha padecido el Ecuador han puesto de relieve la certidumbre amarga de que su última Constitución ha sido el peor enemigo del pueblo: ha servido para mantener constantemente la alteración pública, la parálisis administrativa, la ambición de los incapaces, la infecundidad en el trabajo, la indiferencia popular, la silenciosa y terrible protesta colectiva. Muchas repúblicas de América se deciden ya, con irresistible impulso, por los Gobierno que puedan conquistar la justicia y la dicha. En realidad, ¿qué importa a un país las ofertas alucinantes de la Democracia, si la Democracia, con mayúscula, significa el triunfo de las camarillas que se pasan el poder de una mano a otra y siempre se hallan u-

nidas por el cordón umbilical de sus intereses mutuos y de sus desaforadas ambiciones recíprocas? En nuestro Ecuador, la idolatría legalista ha formado un simulacro de altar político para adorar la imagen de una Constitución perniciosa y falaz. Pero ese altar lo han construido los saltimbanquis de nuestros Congresos, los acróbatas de nuestros "partidos políticos", los bucaneros de la vida íntegra del Ecuador. Porque manteniendo la "santidad" de las Legislaturas, la "inviolabilidad" de las leyes, la "infabilidad" de la Constitución, conseguían fortificarse en las barricadas oposicionistas y hacerse pagar muy caro el silencio o reemplazar en el Poder a los Magistrados depuestos...

Mientras tanto, el pueblo se moría de hambre física y moral. Gozaba de libertad para ir a escuchar en el seno del Congreso los estallidos de oradores egoístas que, bajo la palabra mágica de un patriotismo inexistente, condujeron a las masas al matadero. Gozaba del voto popular y nunca acudió a la urnas, porque, ya cansado, odiaba las faras eleccionarias. Libertad de imprenta, libertad de pensamiento, libertad de sufragio, de todas las libertades ha gozado el ciudadano del Ecuador; pero de nada le servía la proclamación grandilocuente de esas libertades, consagradas por la ci-

vilización y los siglos, si, en el fondo, no sabe leer, no sabe escribir, carece de personalidad propia para pensar y de lucidez mental para dar su voto. Y la realidad, la incruenta y pavorosa realidad, es que mientras los políticos construían sus trampolines para asaltar las altas situaciones burocráticas y la República era conducida de zocos en colondros por sus falsos apóstoles y sus apócrifos regeneradores, el pueblo se debilitaba de hambre... agonizaba de destrucción... moría de necesidad en los hogares desolados...

El cuadro no podía ser más tétrico. Se imponía, pues, una medida enérgica y salvadora, que nos redimiera definitivamente del dogal constitucionalista y afirmara el ejercicio en el Poder de una dictadura poderosa, que, con alientos de huracán, cabalgando en campos de aire, sobre la resistencia del tiempo y de los hombres, supiera abrirse un claro camino por el intrincado laberinto y llegar a la meta de la bienaventuranza, la justicia, la fortaleza y la gloria... Y la Dictadura, consecuentemente, significaba desde el momento de su proclamación, el nacimiento de una Patria Nueva. A través del fetichismo legal que nos anonadaba, a lo largo de las vacilaciones circundantes, en medio de la noche sin resplandores de luna ni de estrellas que nos circuía, supo el Ejército despertar

de su actitud hierática y procuró a la República el advenimiento de una aurora resplandeciente. Y el Ejército, con febril clarividencia, efectuó dos movimientos salvadores: proclamar la Dictadura y nombrar dictador a un verdadero estadista, que, desde siempre, tuvo la visión de las realidades criollas, auténtico héroe civil sin espada, capaz de presidir, encauzar y terminar hasta su final conclusión, la obra inmensa de la reconstrucción nacional...



En el ambiente íntegro de la República resonaba el reclamo clamoroso por un Gobierno fuerte. Todo el mundo se hallaba de acuerdo en este punto inicial. Pero mientras los unos pensaban en la implantación de la dictadura del proletariado y los otros en la administración omnímoda de las bajas clases sociales y las facciones de más allá en el establecimiento de los Gobiernos de camaradería y de círculo, el Ejército resolvió el enigma con deslumbrada penetración. Porque es indispensable convencerse que los nuevos partidos políticos que se agitan en el Ecuador, no corresponden a la estructura social de este solemne momento de la Patria. Han importado bellas ideas de allende el mar; pero han olvidado para su difusión en el país

nuestra situación geográfica y nuestro pasado histórico. Y en contraposición con el país real, estos partidos artificiales nos iban a llevar al fondo de un infierno social, del cual era imposible resurgir. En mi concepto, un partido político para organizarse y vigorizar la columna dorsal de su acción, debe auscultar los latidos de la Historia de su pueblo y examinar su geografía con ojos sutiles. No es dable con ideas de trasplante, por sugestivas que sean, con desconocimiento absoluto del pretérito y sin el examen profundo de su posición topográfica, que da perfil y fisonomía a las Naciones, tratar de realizar nada grande ni fundamental, con vuelo hacia los siglos. Y sobre toda la suerte de resistencias y oposiciones que tiene que vencer la Dictadura, para implantar sus reformas, se encuentra el esfuerzo de combatir y dominar el fariseísmo de los partidos artificiales, sin ideal propio ni bandera autóctona, marcados desde su nacimiento con el epitafio del desastre. La posición geográfica de un pueblo es tan consustancial con el espíritu de sus habitantes, que un partido político que no se adapte al medio físico en que vive, irá fatalmente al fracaso, porque habrá soñado en efectuar algo tan difícil como sería cambiar las constelaciones o tratar de corregir la obra de la Naturaleza o de Dios...

Inmensa es la escarpada cima que paciente y

enérgicamente tiene que tramontar nuestra Dictadura. Porque ella va a fundir todos los residuos de un pasado fúnebre con las esperanzas de un porvenir radiante, a fin de crear la Nueva Patria. Y mientras los pseudos partidos de pseudo avanzada, tratan todavía de conducir al país a escisiones violentas, que habrán de parar en forzosa desorientación y zozobra, la Dictadura implantará las reformas con tránsito ordenado, con tenaz adaptación, en armonioso enlace de todas las oscuras y de todas las visibles corrientes vitales de la República. Porque la Dictadura, desde su altísimo mirador, sabrá colocar en su sitio a todos los combatientes, y refregará una libertad espúrea, que siempre se tradujo por un concurso de apetitos mezquinos y en una orgía de egoísmos fatales. Y lo que es más, sabrá también combatir a los fanáticos de la tradición y los fanatismos de la Revolución...

¡La Patria Nueva! Hemos empezado a vivir un nuevo ciclo nacional y a forjar la realidad de una nueva Historia con la marcha de la Patria por las ignoradas avenidas del progreso y la civilización. Al contemplar el horrendo espectáculo que presentaba el país hasta ayer, no podía menos que recordar aquel verso amargo de Rubén Darío:

“Verdugos de ideales, afligieron la tierra,  
en un pozo de sombra la humanidad se encierra  
con los rudos molosos del odio y de la guerra”.

Si, en efecto, la Patria se hallaba tan llena de un dolor tan hondo, que los soñadores meditabundos, por fuerza tenían que llorar las tormentas que se advertían en un horizonte trágico. Nos hallábamos en plena vorágine de luchas insensatas y un ímpetu de locura conducía a la República hacia un abismo insondable. En las barricadas del odio repercutía el estruendo de terribles avalanchas y el relámpago de almas envenenadas producía el huracán y el trueno. La inminencia de los dramas que se avecinaban, tornaba inaplazable y urgente la implantación de la Dictadura. La guerra civil se precipitaba y los campos fértiles iban a ser teñidos de sangre fraterna y del fondo de los hogares desolados iban a surgir, en vez de cánticos de vida y esperanza, dolorosas imprecaciones y quejumbrosos lamentos. Nos hallábamos sobre el rugido de un volcán y al borde del vórtice aterrador de la anarquía. Cada día se ahondaba más la división de clases y sin exageraciones ni exaltaciones, la verdad era ignominiosa y terrible: un pueblo entero agobiado de miseria, se retorció de hambre en los hogares desnudos y sombríos, contemplaba la agonía de los niños proletarios sub-

sistir a fuerza de la bazofia abandonada en las calles, una muchedumbre macilenta, marchaba doblegada y famélica, en busca de un sepulcro para acabar de una vez con el horror de vivir... y la desesperación del hambre, la tortura de la muerte lenta, el suplicio inenarrable de todo un pueblo, para el cual no existía siquiera la consolación de la esperanza, no la podían medir ni calcular los potentados de esta pobre República, los mercaderes de la Nación, los siniestros explotadores de las lacerias humanas. Para los ricos, era la luz divina del sol, la belleza de los paisajes, la magia alucinante de la luna, la mesa magnífica y los manjares exquisitos. Para el pobre trabajador, para el obrero extorsionado, para el campesino o el desocupado de las ciudades, no existía nada: cada aurora le traía una nueva angustia y al final del día sólo hallaba la pavorosa realidad de un hogar vacío de luz y de fuego, pero lleno de la presencia desolada de la mujer esquelética y del llanto de unos hijos anémicos, que gemían y lloraban en medio de una noche sin posibles redenciones...

Tal era la siniestra realidad, mientras los políticos de toda la vida continuaban en su política funambulesca para incrustarse en las más altas situaciones burocráticas. No se resignaban a ser reemplazados en el manejo de los negocios públicos, ni

a perder la influencia y las prerrogativas de que gozaron en este país los hombres de las dislocadas piruetas, los oradores de los discursos hechos, los diputados de la patria a perpetuidad . . .



La República era un triste mercado de baratijas, un innoble bazar de corazones y de almas, una feria multicolor de picardías y habilidades, un zoco de arrabal, en que se cotizaba hasta la carne humana. Y los saltimbanquis de nuestro circo político, hábiles en los diabolismos palatinos, engatuzaron perennemente a las masas proletarias para dominarlas y explotarlas a su gusto, sabor y albedrío. Y para ello jamás se olvidaron en las grandes mascaradas cívicas de mover precisos y preciosos resortes a fin de alcanzar resultados fecundos para el propio aprovechamiento y la inicua victoria de innominadas ambiciones. Sabios en la quiromancia tenebrosa de los gobiernos, aún ahora tratan de reconquistar su paraíso perdido y por la

puerta oblicua de la falsía aspiran a entrar nuevamente al dominio del Capitolio. Expertos en brujerías, dueños de una ciencia infusa para el mal, no olvidan de brindar al pueblo con aquellos filtros satánicos que convierten a los hombres en exclavos y a los representantes de la nación en mandaderos. Ejercitan la intriga, la maniobra velada, la adulación servil, con el propósito de llegar hasta el vellocino de oro de sus dorados ensueños. Y todo lo corrompen y lo dañan: los magistrados íntegros se transformaron en aventureros falaces y de una Patria grande hicieron un pobre país miserable. Pero quirománticos y brujos, magos y fakires, la fuerza que prevalece en ellos es el cinismo. Cuando los gobiernos rechazaron su concurso o rompieron las ligaduras maquiavélicas, que ellos creían indestructibles, en nombre de su hipotética honradez o de su probidad enigmática, se lanzaron a formar las trincheras de súbitas oposiciones insensatas. La cuestión es tornar perpetuamente al gobierno, haciendo un pedestal de las ingenuidades colectivas y una escala de seda de la pobre y desarrapada alma nacional. Y de la política y de los "politiqueros", estamos ya ahitos: es necesario recordar la gran frase histórica de González Prada: "los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra". Pero vejez no significa el amontonamiento de años sobre la cabeza

ni la tersura de la frente en los luchadores adolescentes. En nuestro tinglado político, hemos visto la aparición y el triunfo de jóvenes, que parecían niños catecúmenos y que marcharon, eso no obstante, por una senda florecida de victorias inmediatas, porque aprendieron en la más vieja y corrompida política, la estrategia indecorosa de mañas purulentas y de ignominiosos procedimientos, que tornaron imposible la redención luminosa de la Patria. Consecuentemente, era indispensable el advenimiento a la administración de nuevos hombres, que fundieran en el crisol de ideales sagrados, las más puras aspiraciones ciudadanas. Porque mientras no se extinga por todos los ámbitos, el tósigo de nuestro pasado político, seguirá la infección en el organismo nacional y la terrible gangrena que nos corroe alejará al país del concierto de los pueblos pulquérrimos y progresistas, abandonándonos a las simas solitarias donde imperan la malaria social y los cánceres políticos. Debe terminar ya la era de las promesas que no se realizan y de las ofertas en el vacío, para lo cual necesitamos hombres que no hayan perdido la confianza pública, ni el amor ciudadano, ni la fe del pueblo, por vidas íntegras de claudicaciones, de traiciones y falacias tenebrosas . . .

Empieza, pues, a vivir la Nueva Patria. Pero para renacer de las cenizas del pretérito era imprescindible el nacimiento de la Dictadura, que significa labor reconstructiva, enérgica y continua dentro de un plan máximo de acción salvadora. Se imponía la reacción ante el peligro de que se levante y nos hunda otra vez el espectro del pasado y era también de febril urgencia cortar el cuello a la esfinge del futuro, en cuya cabeza se anidaban todas las amenazas, las tormentas y los huracanes. Y es que sólo un gobierno sin las ofuscaciones que nacen del arribismo intonso y jactancioso, que se juzga eficiente a sí mismo; sin las vacilaciones que provienen del afán de simpatizar, acomodar y atender a todo el mundo; haciendo un siervo de cada hombre libre, para fines ulteriores; sin los compromisos para las recíprocas ayudas y la satisfacción de la codicia; negativo a las camaraderías para sostenerse en el Poder, mediante los favoritismos burocráticos; un gobierno, en fin, apto para el mando, profundo y puro para la hazaña cotidiana, dueño de su responsabilidad en el instante de la acción y de su reflejo en el porvenir, era lo que necesitaba el Ecuador para forjar el monumento de la Patria restaurada. Pero este anhelo voraz de purificación integral requieren una paciencia titánica para la lucha y el trabajo, la fe en el propio esfuerzo y la certidumbre de que su esperanza ha-

rá nacer iluminaciones en la sombra. Porque aun antes de atender al enigma de los problemas económicos, que reclaman solución inmediata, era preciso afrontar audaz y valientemente el estudio de las reformas sociales, casi todas antagónicas a nuestra idiosincracia política y a la terrible herencia medioeval en que todavía nos debatimos sin remedio. Y es que resultarán irrealizables como quimeras o inútiles como las voces del desierto, todas las reformas sapientes y las leyes indiscutibles, si no se logra regenerar el ambiente y transformar la estructura moral de las masas. Más difícil que crear la riqueza es educar pueblos. Y si la obra económica y de reconstrucción material por realizarse es inmensa, quizás es más grande la obra de educación política, porque el corazón humano se adhiere y se aferra a sus prejuicios con más tenacidad que las malezas se introducen en la tierra. Y la Dictadura habría ido al fracaso irremediable si no hubiera atendido con mirada condórica el despertar de la nueva aurora. Pero reformas e innovaciones fundamentales requieren una inyección de vida definitiva en el espacio y el tiempo. De lo contrario, todo volverá a perderse en el camino oscuro de las represiones, en donde los políticos de antaño colocaron el tapete verde para jugar con los dados de la astucia y de la intriga la suerte de la Patria. A través de la hosca noche, la Dictadura

ha levantado un faro y ha encendido una luz que nos alumbra en el camino del futuro. Pero el faro será demolido y la luz tornará a extinguirse, si en el Capitolio no palpitan el entusiasmo y el sacrificio para enfrentarse a las miserias combativas y vencer las arremetidas del pasado y conculcar los falsos ideales, que esconden sus miserias bajo el esplendor de las palabras grandilocuentes y la fascinación de las ofertas, que atraen y fanatizan a los pueblos inocentes, eternamente crédulos, carne de cañón de la perversidad humana . . .

## I I

Pero la Dictadura, en este nuevo ciclo que parece se avecina para el Continente, adquiere una trascendencia rítmica y constituye todo un símbolo y un presagio. Las repúblicas americanas reclaman el imperio de las dictaduras, para tornar viable y eterno el ensueño centenario de una inmensa Patria que, dentro de una gran trabazón armónica, de un firme lazo federal, úna y vincule a todos los pueblos de América desde el Golfo de Méjico hasta el estrecho de Magallanes. El ideal de Bolívar resucita en su forma más íntegra, patética y deslumbrante. Porque el ensueño del Libertador fue, en efecto, que los pueblos que se levantaban y surgían a la nueva vida se fundieran

en un solo cuerpo magnífico, indestructible como sus montañas; en un solo bloque maravilloso, inseparable como las vértebras de los Andes...

Las ambiciones que surgieron a raíz del último disparo de Ayacucho, las querellas de los generales de la Independencia, las rebeliones frenéticas de los caudillos militares, hicieron imposible el ensueño de Bolívar. El mapa de América ni siquiera podía reconstruirse, como lo estuvo antes de la Conquista y el dios tutelar del Tahuantinsuyo no volvería a contemplar la grandeza de sus fronteras muertas. Entonces, el Libertador soñó en consolidar una fuerza disciplinada en las naciones septentrionales y sopló en los espíritus mezquinos el fuego divino de su quimera para consolidar la Gran Colombia. Pero Colombia estaba ya moribunda: Bolívar moría en la proscripción y se fundaban Venezuela y el Ecuador. Años más tarde, el mutilamiento de Panamá convertía en un sombrío despojo lo que fue un día su obsesión deslumbradora, la tempestad de estrellas que animó su mente e hizo estallar su corazón de esperanzas...

Pero la estirpe de las ideas de Bolívar no muere nunca. En todo el Continente vibra y palpita un ritmo irresistible, un anhelo incesante de su-

premas armonías, para formar, en grande e impeccedera unidad, una excelsa y máxima Patria. "Con más o menos dilación, en una u otra forma, asegura José Enrique Rodó, un lazo político unirá un día a los pueblos de la América nuestra, y ese día será el pensamiento del Libertador el que habrá surgido y triunfado y será su nombre el que merecerá, antes que otro alguno, cifrar la gloria de tan alta ocasión". Y esta "tan alta ocasión", como una aurora inmovilizada en el espacio y que el tiempo no ha podido velar, ha vuelto a surgir en el bello horizonte con motivo de la cruzada bolivariana del señor doctor Alfonso López, Presidente de Colombia, quien ya ha esculpido su nombre en los fastos más gloriosos de América por haber suscitado, en forma apostólica, que América revea los ideales de Bolívar. El mismo escritor uruguayo decía: "La América, emancipada, se representó desde el primer momento a su espíritu como una indisoluble confederación de pueblos: no en el vago sentido de una amistosa concordia o de una alianza dirigida a sostener el hecho de la emancipación, sino en el concreto y positivo de una organización que levantase a común conciencia política las autonomías que determinaba la estructura de los disueltos virreinos. En el Istmo de Panamá, donde las dos mitades de América se enlazan, creía ver la situación predestinada de la

Asamblea federal en que la nueva anficionía erigiese su tribuna, como la anficionía de Atenas en el Istmo de Corinto". Y en el Brasil, la opinión ha sido innumerable y unánime. Argeo Guimarães escribía: "El Brasil entró siempre en las miras de Bolívar, que en su mirada de águila abarca el Continente todo. El primero, y más que nadie, comprendía que la familia americana era la familia de la concordia y del amor". Don Antonio de Mello Franco proclamaba la América integral y cinceló esta frase magnífica: "Para formular votos por la creciente e irresistible concordia de la hermandad americana, no sería posible ir a buscar patrono más alto que Bolívar". Y don Félix Pacheco, que fue Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, solía decir: "Del nombre de Bolívar, en verdad, se puede decir que es un nombre simbólico de unión de nuestras Patrias, como soñó el Libertador de muchas de ellas".

Frondosa con una selva milenaria sería la compilación de citas referentes al pensamiento de escritores y políticos de América con respecto al profundo y vasto ideal de Bolívar. Todos han concurrido, en glorioso plebiscito, a exaltar la maravillosa ilusión que ahora vuelve a tomar febril impulso bajo la fiebre visionaria de un hombre que, como López, aspira ardientemente a solucionar es-

ta grande Cosa que tiene pendiente la Humanidad. Y era justo que la reviviscencia del ideal volviera a tomar animación en la Gran Colombia, que debe llevar a lo largo del Continente la bandera que condujo y en el cual se envolvió Bolívar en las guerras de la libertad y en las cumbres vertiginosas del Chimborazo. Y, seguramente, todas las naciones de América, miran y admiran en este momento, estudian y analizan, la resonancia y el simbolismo del viaje internacional del Presidente López. Porque, en mi concepto, no es la hoguera nunca extinta de la Gran Colombia la que alumbrará únicamente las huellas rútilas de este peregrinaje estupendo. Algo más hondo y más fundamental, con visiones del presente e imaginaciones del porvenir, con realidades próximas y vaticinios auténticos, se desprenderán al final de la jornada.

La Gran Colombia volverá acaso a contemplar el esplendor de su pasado heroico y le quedará el orgullo inmarcesible de haber abierto entre los caminos titubeantes la ruta de la nueva era gloriosa. Porque en el seno profundo de la América, intacta todavía, empieza a palpitar una suerte de claros presentimientos sobre su inmenso e imponderable Destino. Y es que en lo político, de igual manera que en el campo de las letras, se forma un frente único, como admirablemente lo ha observa-

do el formidable publicista peruano, señor Luis Alberto Sánchez, que define esta tendencia ilimitada con el nombre de "Continentalismo". Sí, realmente, la América Ignota, el Cipango de los argonautas, la tierra del gran Khan, entrevista por los sabios ilusos que precedieron a Colón, tendrá que fundirse en un solo cuerpo armónico entre las diversas naciones que la forman y la integran, con una especie de vasos comunicantes eterna para las facilidades de la vida y sostenidas por el diástole y el sístole de un solo corazón...

El "chauvinismo" anacrónico, que es una "actitud cavernaria" de algunos pocos americanos o inframericanos que mantienen "las patrias chicas al tope de sus esperanzas más chicas aún", se perderá fatalmente como todo aquello que se va contra la humana simpatía y contra el clamor cordial del pensamiento pertinaz de un Continente, que muy bien puede transformar para sí la frase de Lenin: "Naciones de América, uníos". Y para combatir los prejuicios egoístas, que nacen de la ambición atormentada de los políticos nacionalistas, aferrados a convertir a sus propias patrias en conventos sumisos o en cuarteles irredentos a la civilización, para dominarlas a su antojo, es indispensable la erección de gobiernos poderosos, aptos para llevar a través de los obstáculos innumera-

bles, la única y posible creación del Continente,  
que encarna y encauza, que define y orienta, que  
engrandece y simboliza el excelso ideal de Simón  
Bolívar . .



### I I I

El Ecuador, catecúmeno eminente en todas las luchas de avanzada, ha entrado el primero por el camino de su redención autónoma y virilmente apoyará el advenimiento de la América Unida. Y este solo gesto de la Dictadura y su obstinada ilusión por hacer de la Patria una joya de luz vagando por los espacios infinitos, le habrá conquistado el aprecio de América, la gloria en el presente y fijará sus actuaciones con delineamientos inmortales en la Historia. El Ecuador, tal vez más que otros países, fue esencialmente bolivariano y el tiempo le ha consagrado lo primogenitura de la libertad y el procerato de su fidelidad a los libertadores. Cuando Bolívar, execrado por el pue-

blo, odiado por sus enemigos políticos, perseguido por las turbamultas ignaras, buscaba un refugio donde esconder su desconsuelo y acaso ocultar sus lágrimas, esta República le invitaba a venir acá, en donde encontraría paz al alma y dulces bálsamos para anestesiar la herida incicatrizable de la inmensa ingratitud. Aquí hallaría un suelo colmado de amor de amor y una tierra propicia para descansar y morir...

La Dictadura, que no es dable que vea naufragar sus propósitos, cuando no en los escollos del desconocimiento sañudo, en la desolación de la indiferencia silenciosa, debe tener la certidumbre de que la República sabrá seguirla y apoyarla con decisión inquebrantable hasta alcanzar la plena realización de los programas en marcha. La única compensación para los gobiernos fuertes, arquitectos audaces que todo lo transfiguran y embellecen, es el sentirse comprendidos y estimulados en su viaje cristizador de ideas y constructor de principios, en plena comunión de aspiraciones con el corazón gigante del pueblo. Días de grandeza interna y de glorias exteriores le esperan al Ecuador. Se acabó la época paradójica en que imperaba la política del verbalismo homicida, al mismo tiempo que la inercia en los negocios del Estado. El Ecuador entra con firme paso a ocupar

su puesto en el concierto de los pueblos de América y al observar el camino que necesariamente deberá recorrer el Gobierno, he recordado aquella alegoría magnífica de Carlos Arturo Torres, que en su último capítulo de "Idola Fori" simbolizaba a la Patria por las tres mujeres de Fremiex, tripulantes de la misma barca, desde donde mira la una con aire melancólico a la playa que dejaron, ondea la otra, con impaciente anhelo, la opuesta lejanía y rige la tercera, en medio de las dos, con firme y sereno pulso, los remos que las llevan adelante...

**Carlos H. Endara**  
(DILETTANTE)

Quito, marzo de 1936.

**LIBRERIA ECONOMICA**

de Pedro J. Santamaría

Se Compra, Vende, Alquila y Cambia

LIBROS Y REVISTAS

Carrera ~~San Sebastián~~ Quito-Ecuador

→ 45 ←